

—No cabe duda, ellos son, dijo el pirata, y dentro de una hora habrán llegado aquí.—Con paso firme bajó de la roca, se dirigió á sus cuarteles, dió sus órdenes, y con una fría calma se sentó otra vez en el diván, murmurando entre dientes: arruinado, arruinado; mis gentes no están aquí! La goleta “Epaminondas” había salido pocos días antes con lo mejor de la gente de la isla de Policandro.

XIII

En efecto, pasada una hora el aspecto de la isla había cambiado enteramente, la música había cesado, las luces se apagaron, y sólo turbaba el silencio triste uno que otro sollozo ahogado que salía probablemente del pecho de Eufora y de Paquita.

Seis galeras turcas abordaron á la isla, y de ellas brotaron multitud de hombres armados y del aspecto más feroz. Comenzaron á desembarcar en la playa sin oposición alguna; mas apenas una mitad lo había verificado, cuando de las alturas vecinas recibieron un fuego horroroso de fusilería.

—¡Fuego, fuego! repitieron los piratas turcos, y acabando de desembarcar contestaron con otra descarga, avanzando rápida-

mente con espada en mano hacia la casa situada en la falda de la colina, y la cual conocen ya los lectores.

—¡Mis hijas, mis hijas!—gritó una voz de trueno, y descendiendo de las alturas, en unión de la gente que guarnecía, corrió el pirata griego al alcance de sus enemigos.

En una altura suave y tapizada de césped, que conducía al pórtico de la casa, se trabó la más horrible y encarnizada lucha que pueda imaginarse. Los griegos defendían su vida con desesperación: los turcos atacaban, resueltos á morir ó vencer, porque no tenían ya más arbitrio.

Pasaron veinte minutos... veinte minutos horribles en que los aceros se chocaban con estrépito, arrojando chispas: en que las maldiciones de rabia y los ayes de dolor se confundían: en que la luz del fogón de un fusil ó de una pistola disparada, alumbraba los cadáveres mutilados, las cabezas palpitantes, los arroyos de sangre que descendían enrojeciendo el verdor de aquel risueño césped, donde por la tarde se habían impreso las huellas delicadas de Eufora y de la linda hija de Málaga. La gente del griego era valiente y decidida, pero muy poca, como se ha dicho; así, después de veinte minutos, casi todos habían sucumbido ó buscado su salvación en los botes amarrados en el otro extremo de la isla. Cuatro ó cinco griegos, fieles y adictos á la fami-

lia, á cuya cabeza estaba Apolodoro, aun defendían como unos leones la puerta de la entrada.

—¡Paquita, Paquita! gritó una voz que hizo erizar los cabellos de la muchacha. Paquita, ya me ves, te vengo á libertar: no temas, aquí estoy contigo, á tu lado para no separarme jamás; y al mismo tiempo un hombre con traje turco y cubierto de sangre, rompiendo las vidrieras del gabinete y derribando los vasos de porcelana de China, que contenían las azucenas y jazmines de que tanto gustaba Eufora, se presentó, con una tea en la mano, delante de las muchachas, que sobrecogidas de terror y espanto, permanecían abrazadas estrechamente. Ese hombre, era Pablo el ahorcado.

—En una palabra, continuó Pablo, antes de que partamos, te diré mi historia. Hace dos años que iba yo á prender un barril de pólvora á bordo de la "Cornelia," para que nadie pudiese arrebatarte, y los dos, los dos tuviésemos una misma suerte.—La fortuna no me ayudó, y tú me viste que me izaron hasta el palo más alto de la fragata. Aquí están las señales, dijo Pablo, mostrando á Paquita una señal cárdena que tenía al derredor del cuello.

Paquita, obedeciendo involuntariamente, miró al cuello de Pablo, y retrocediendo cubrió su rostro con sus manos, y las dos

muchachas se estrecharon una contra otra fuertemente.

—Un marinero compasivo de la otra goleta negra, en el mismo instante, prosiguió Pablo, me descolgó, y moribundo me llevó á la cámara de su buque en el momento que la "Cornelia" se hundía en el abismo de la mar.

—¿Y el capitán? preguntó Paquita como si estuviera magnetizada.

—El capitán... el capitán, respondió Pablo con risa sardónica, se ahogó probablemente.

—Fuí llevado á la costa de Asia: allí el mismo marinero que me salvó la vida me dió la libertad; y como yo sabía que tú habitabas el Archipiélago, quise buscarte, quise ser hombre, quise ser más fuerte, más poderoso que los que habían asaltado la "Cornelia."

El ruido de las armas de los que se defendían en la puerta de la casa, terminó con un profundo gemido que penetró hasta lo íntimo del corazón de las muchachas.

—¡Apolodoro, Apolodoro mío! gritó Paquita, desprendiéndose de los brazos de Eufora, y corriendo hacia la puerta donde en efecto el muchacho había caído exánime y cubierto de heridas.

—¡Oh! no: tú no perteneces más que á mí, gritó Pablo: venid, venid, y veréis que no hay ya más esperanza ni más auxilio.

Pablo, en los dos años que habían transcurrido, había aprendido la lengua árabe: había atravesado los desiertos con las caravanas; había luchado en diversos encuentros con las tribus errantes; en una palabra, tanto en la tierra como en el mar, había dado pruebas de un valor, de una destreza y de una fuerza física admirable. Pablo, decimos, con un imperio irresistible, arrebató con una mano los brazos de las muchachas, y con la tea en la otra y un alfanje turco chorreando sangre, colgado en el brazo, las condujo afuera de la habitación, y alumbró el espectáculo horroroso que producía la vista de tanto cadáver ensangrentado y deforme. Apolodoro, bello como el Adónis de la fábula, yacía tendido en el césped, donde arrastrándose había ido á expirar. El pirata griego también había sucumbido, luchando hasta el último instante de la vida.

Eufora con los cabellos erizados, los ojos desencajados, la boca entreabierto, y todas sus facciones crispadas y descompuestas, paseaba la vista como una loca por los cadáveres sangrientos, que Pablo con una feroz complacencia mostraba á las muchachas.

¡Oh! maldito seas, maldito seas, asesino de mi padre, gritó Eufora, sacando repentinamente un puñal de su seno y hundiéndolo en el corazón de Pablo, el que

arrojando una maldición, cayó á plomo en el suelo, extinguiéndose la tea y la vida del aventurero, que sus compañeros llamaban Abdalla el ahorcado. Las tinieblas duraron por un momento; pues pocos minutos después, una llama rojiza brotó por el techo de la linda habitación griega, á la que los piratas habían prendido fuego. Eufora y Paquita, con el instinto que da la propia conservación, huyeron; pero como multitud de piratas andaban aún saqueando las habitaciones, cayeron en sus manos y fueron conducidas á bordo de las galeras, que acabado el destrozo y el pillaje, y cargadas de todas las riquezas que encerraba la isla de Policandro, dieron á la vela para Constantinopla.

XIV.

Fácil es adivinar la suerte de Eufora y Paquita: ambas fueron llevadas al mercado de Constantinopla, y vendidas como esclavas. Comprólas un viejo traficante en cautivas, y que las llevaba á revender á los ricos señores de la Romelia y de la Bulgaria, el cual las condujo inmediatamente á Ipsála, donde había un turco riquísimo y afecto hasta por demás á tener gran abundancia de mujeres: sin examinar siquiera la calidad de muchachas que compraba, pagó

el dinero que el comerciante pidió y las mandó encerrar en el Harem.

El turco se llamaba Osman, y era, en la extensión de la palabra, un dandy parisien- se. Había viajado no sólo por el Asia, sino también por la Europa: sabía inglés, francés, griego, y algo de italiano; tenía los mejores caballos de la Turquía y bebía los más ricos y añejos vinos, sin cuidarse absolutamente del precepto del profeta. Habitaba una suntuosa casa en la orilla de un ancho y trasparente río: tenía entre jardines primorosos, llenos de flores y de frutas, la más bonita colección de muchachas que pueda imaginarse; y su placer era reunir las de todas las naciones. Le faltaba una española, y por esta razón dió por Paquita el dinero que quiso el comerciante.

En la noche, luego que llegó de las corre- rías que todas las tardes acostumbraba ha- cer á caballo, quiso ver á sus nuevas es- clavas. Tuvo el disgusto de encontrar á Paquita presa de una fiebre y á Eufora muda y con unos accesos de furor que rayaban en demencia.—Buena compra he hecho yo, ¡por Alá! dijo entre dientes: ese picaro me ha vendido á una loca y á una moribunda, y será menester mandarlo degollar luego que se presente otra vez en mi casa.—Eh! gritó á sus esclavas, cuidad de esas nuevas sultanas, y llamad al médico, el cual me res- ponderá con su cabeza si se mueren.—El

turco se dirigió al aposento de Gradesca, que era la favorita, y por cierto que lo me- recía. Era una gran muchacha, alta, gallar- da, de ojos de gacela, de aspecto orgulloso, de formas peregrinas, y de cutis de seda. Gradesca había nacido en una ciudad de la Romelia, del mismo nombre. Osman la vió una tarde y resolvió robársela, lo que ejecutó dejando muertos en el campo á los dos hermanos de la muchacha. Gradesca, en los primeros días, aborrecía de muerte á su raptor; mas al cabo de un año le ha- bía concedido sus favores y lo amaba perdi- damente. Osman pasó una parte de la no- che satisfaciendo á Gradesca por la venida de la española; y al fin salió mohino y re- suelto á no volverla á ver, lo que ejecutó, pues en más de un mes no volvió ni á pre- guntar por la sultana. Esta le juró una ven- ganza horrible.

XV

Osman, como si fuera un amante de no- vela, preguntaba á cada momento por la salud de la española, y todos los días le ha- cía una visita de dos horas, tratándola con mil atenciones. Al cabo de un mes Paqui- ta estaba ya convaleciendo, y Eufora mucho más calmada de sus arrebatos de locura, aunque siempre muda, porque la última

palabra que salió de su boca, fué la maldición que lanzó contra Pablo el ahorcado.

Paquita, pálida y extenuada con la fiebre, tenía cierto atractivo indefinible: era de esas lindas caras que no inspiran al verlas sino compasión. El turco acabó por enamorarse de Paquita, aun antes de que acabara de sanar. La favorita había, por una especie de venganza contra Osman, hecho mil agasajos á la pobre Eufora, y pasados algunos días había concluído por tenerle un verdadero cariño: tenía razon. Eufora, trascurridos los primeros impulsos de locura producida por la catástrofe que hemos descrito, se había convertido en una criatura dócil y apacible. Todas las esclavas y queridas de Osman la compadecían y amaban. Cuando alguna la trataba mal, sus grandes ojos negros se llenaban de lágrimas, y al momento iba á echarse á llorar en el seno de Gradesca, la cual, celosa, despreciada y envilecida, lloraba también, abrazando la frente pálida de la infeliz griega.

XVI

Una mañana, cuando Paquita se levantaba y se disponía para dar un paseo por el jardín, entró Eufora, con el cabello erizado, en el mismo estado de agitación que se apo-

deró de ella cuando hundió el puñal en el corazón de Pablo. Paquita retrocedió horrorizada, porque conocía que alguna cosa terrible pasaba en el alma de la muchacha. ¿Qué tienes, qué tienes hermana mía? le dijo, procurando atraerla suavemente á sus brazos. Eufora quería hablar, hacia esfuerzos prodigiosos, y sus gestos y contorsiones manifestaban que deseaba decir á Paquita alguna cosa de mucho interés.

—Eufora, Eufora, le dijo Paquita con la mayor dulzura, no hagas un esfuerzo que vaya á reventar alguna de tus venas, porque si tú mueres también moriré yo, hermana mía.

Eufora, sin poderse contener, seguía su penosa gesticulación, hasta que haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo: “¡sangre! ¡sangre!” y puso un dedo en la boca de Paquita en señal de silencio, y salió lentamente para los jardines.

A poco entró Osman: encontró á Paquita triste y pensativa.

—¿Qué tienes, españolita mía, estás aún enferma?

—No; triste, muy triste, y mi corazón presiente una desgracia.

—Niñerías, quimeras de que la mente queda llena después de una enfermedad. Vamos, cuéntame tu historia.

Paquita, con una sencillez y ternura indecibles, contó al turco sus desgracias.

Este, con voz grave y como enternecido del infortunio que había perseguido á tan interesante criatura, le dijo:

—Y qué deseas para ser feliz?

—Volver á mi patria.

—Oh! eso no; jamás, dijo Osman con mal humor, levantándose y saliendo de la estancia de la española.

Paquita volvió á caer en ese éxtasis triste en que la había sorprendido Osman.

A la noche vino Eufora, tomó de la mano á la española, la condujo al jardín, y ambas se ocultaron detrás de un grupo de naranjos.

Pasada media hora, vino Gradesca en unión de dos eunucos y el mayordomo de Osman.

—¿A qué horas? dijo Gradesca.

—A las diez, cuando salga del cuarto de la española, respondió el mayordomo.

—Y el tesoro?

—Todo está en mi poder.

—Y los caballos?

—Están listos, y llegando á la costa están preparados los buques para la isla de Samos.

—Quién es el encargado de la ejecución?

—Yo, señora, respondió el eunuco.

—Y yo, señora, me encargaré de matar á la española, dijo el otro eunuco.

—Pero los demás esclavos? preguntó el mayordomo.

—Todos deben morir, excepto Eufora que marchará con nosotros.

—Cuidado con no cumplir con mis órdenes, Abenazar, dijo Gradesca.

—Todas serán cumplidas, señora.—Los eunucos se retiraron, y Gradesca y Abenazar siguieron hablando. Eufora tiró suavemente á Paquita y la condujo hasta su habitación, sin que Gradesca pensase que la habían escuchado.

Paquita inmediatamente mandó llamar á Osman, el que á poco se presentó en la estancia.

—Os voy á hacer un servicio; no pido más recompensa sino la que vuestra generosidad me conceda.

—Todo lo que quieras, excepto irte de mi lado.

—Y si estando á vuestro lado me debierais perder? le preguntó Paquita.

—Entonces, respondió vacilando el turco, no sé lo que haría.

—Muy bien, interrumpió Paquita: mi gratitud me dicta que debo deciros lo que pasa; no importa el porvenir, y á todo me resignaré después de haber hecho esta buena acción. ¿Qué horas son?

—Las nueve y media, contestó Osman sacando un hermoso reloj inglés.

—A las diez debéis ser asesinado y robado por las gentes de vuestra casa.

El turco dió un salto, como un león he-

rido por una bala, y tomando su rostro una expresión de enojo terrible, tomó la mano de Paquita, y le dijo: ¿Me dices la verdad?

—Lo juro por el Dios que adoro, contestó la muchacha, haciendo con la mano la señal de la cruz.

—Muy bien, prosiguió el turco calmado completamente, y como si nada hubiese pasado en su alma: toma este puñal y cierra tu habitación; no abras sino á mí, ó á la griega. El que rompa tu puerta dale la muerte. Ahora, cuéntame lo más que sepas.

Paquita le refirió minuciosamente todo lo que había pasado.

El turco salió, y Paquita con una resolución digna de la situación en que se hallaba, prometió á Osman ejecutar al pie de la letra lo que se le encargaba.

Osman se dirigió á su habitación, vistió á un esclavo con su ropaje, y le ordenó que en punto de las diez saliese de la estancia de la española y atravesase un pasadizo de naranjos, por donde acostumbraba transitar todas las noches á esa hora. En seguida llamó á su criado maltés, en quien tenía mucha confianza; y ambos, envueltos en unos "burnuces" rojos, se colocaron en el pasadizo de naranjos, detrás de unas estatuas de alabastro.

A las diez, el fingido Osman atravesó el pasadizo, dándose el aire y la importancia

de su señor. Al salir del pasadizo, el eunuco pagado por Gradesca lo asaltó y le dió una puñalada en la garganta. Entonces Osman salió de su escondite, y de un tajo echó al suelo la cabeza del asesino.

—Esta era la prueba que yo aguardaba, Libori. Esta noche he de hacer una justicia ejemplar. Venid.

En primer lugar se dirigieron al cuarto de Abenazar; luego que éste vió entrar á Osman, pálido y sin voz, cayó de rodillas. —Cortadle la cabeza, Libori.

Libori sacó un alfanje, y de un tajo echó á rodar por el suelo la cabeza del traidor.

En seguida fueron al cuarto de Gradesca, la que sonriéndose tendió los brazos á Osman.

—Haced vuestro deber, Libori.

Libori alzó su alfanje ensangrentado, y antes de que Gradesca tuviese lugar de pedir misericordia, el maltés había dividido en dos partes el hermoso cráneo de la sultana.

—Ahora, Libori, carga de cadenas y da tormento al otro eunuco; y á todos los que confiese que tienen parte en esta conspiración, los degiellas. Los cadáveres de estos perros que los echen al río, dijo, arrojando al salir una mirada al cuerpo de Gradesca, que estaba tendida en el pavimento. Toda esta escena de horror pasaba en medio del lujo, de las flores, de los perfumes. Osman cambió sus vestidos, se lavó, se per-

fumó, y con el rostro tranquilo y alegre se dirigió al cuarto de Paquita.

—Todo está terminado, le dijo, tendiéndole la mano; ahora tú serás la Huri de este Edén y yo tu esclavo.

—Terminado! interrumpió con alegría Paquita: y ¿cómo?

—Todos han muerto, dijo el turco con calma.

Paquita horrorizada se estremeció.

—Ahora mi libertadora, mi Huri, mi delicia, dijo Osman con amor, ¿qué quieres?

—Volver á mi patria, dijo tímidamente la muchacha.

Osman se levantó, besó la frente de Paquita y se retiró á su estancia; se metió en su lecho y durmió con la tranquilidad de un inocente.—Paquita mandó buscar á Eufora, la que encontraron en su lecho narcotizada.

Ocho días después de pasada esta escena, entró Osman á la habitación de Paquita, Hija, mía, he sido justiciero y quiero también ser generoso. Tú no serás nunca feliz sino en tu patria, y yo seré desgraciado mirándote morir de tristeza. Mañana partirás para Constantinopla en unión de Eufora, y mi fiel criado Libori te acompañará hasta Malta. Toma para que en tu país puedas ser completamente feliz. Osman sacó unos bolsillos y los puso en manos de Paquita. Los bolsillos contenían oro, diamantes, topa-

cios, esmeraldas y otras piedras preciosas.

Paquita, llorando de gratitud, se echó á los pies del turco, el cual cariñosamente la levantó, diciéndole: Sé feliz, hija mía; la felicidad es el mayor tesoro. Ni los caballos, ni las mujeres, ni el oro, me han hecho á mí feliz. Mañana me voy á viajar por la Rusia, y probablemente no nos volveremos á ver.

En el año de hubo una gran solemnidad en el monasterio de las Salesas de Madrid. Era la toma de hábitos de dos hermosas y ricas jóvenes que se decía eran viudas de dos comerciantes del Oriente. Todos sus bienes los dejaron á los pobres.—Una de las señoras dejó una fundación de beneficencia en Málaga, y la otra la otra no era española, hablaba con mucho trabajo; y se decía que había sufrido muchas aventuras y considerables desgracias.
